

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/13-la-caida-del-imperio-romano-i/>

13.LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO II

6º <https://ideaswaldorf.com/13-la-caida-del-imperio-romano-ii/>

La caída de Roma

Los hunos, el azote de Dios, habían desaparecido, pero su irrupción había provocado muchos cambios porque todas las tribus germánicas se habían visto desplazadas; algunas habían dejado sus hogares en el corazón de Europa y habían huido antes de que los hunos llegaran a ellos; otras habían unido sus fuerzas con los hunos y se habían movido con ellos por toda Europa; otras tribus se habían unido con los romanos contra el enemigo común.

Todas esas tribus habían dejado de tener un hogar establecido.

En la época en que desaparecieron los hunos, todas las tribus germánicas estaban en movimiento. Y se movieron en todas direcciones: hacia el oeste, a la Galia; hacia el sur a las penínsulas de Italia y la de los Balcanes.

Habría que imaginarse esas tribus en marcha —cada una de unos cuantos miles de personas—: cada una con todas sus posesiones y los niños amontonados en enormes carros cubiertos, tirados por caballos; a los hombres llevando cascos con alas de águila, armados con lanzas, hachas de batalla y espadas, cabalgando junto a los carros, y a las mujeres a un lado, conduciendo todo el ganado.

Esas columnas de kilómetros de largo, hechas de carros, rebaños, personas y caballos avanzaban lentamente en una nube de polvo.

En la parte delantera cabalgaban los exploradores. Si informaban de la cercanía de tropas romanas, de una fortificación o de un pueblo romano, toda la columna adoptaba la formación de batalla.

Los guerreros formaban un círculo con los carros y rebaños, las mujeres y los niños se quedaban en el centro.

Los mismos soldados romanos que eran enviados a evitar que esas caravanas itinerantes penetraran en territorio romano ya no eran siquiera romanos, a menudo eran pueblos germánicos que habían recibido tierras de los romanos para convertirlos en aliados.

Pero incluso si esos defensores lograban echar atrás alguna de esas tribus itinerantes, pronto aparecían otras. No se acababa nunca, era una marea que no podría frenarse indefinidamente.

En los libros de historia actuales, esa gran marea de tribus germánicas en movimiento es conocida como la “*migración de los pueblos*”.

Una de esas tribus, la más numerosa y más belicosa eran **los godos***.

**Godos: Grupo perteneciente a los pueblos germánicos orientales y una de las muchas tribus del otro lado de la frontera oriental a las que los romanos llamaban ‘bárbaros.’ Probablemente su origen esté en Götaland, lo que es hoy el sur de Suecia. [n. del pr.]*

En Suecia existe aún hoy en día la ciudad de Göteborg –Gotemburgo–, el ‘castillo de los godos, que solía ser su hogar. Pero hacía ya tiempo que habían abandonado Escandinavia, habían atravesado Alemania, y se dirigían hacia Constantinopla.

Arcadio*, el emperador romano en Constantinopla, un hombre joven y débil, no deseaba luchar contra los godos. Había otra manera de mantenerlos alejados.

Le ofreció a **Alarico***, el rey de los godos, oro y ricos tesoros para que dejara Constantinopla en paz, y de ese modo la ciudad fue salvada del incendio y del saqueo.

Alarico, el rey de los godos, había sido antaño soldado de los romanos. Había estado en Roma y había comprobado la riqueza y los tesoros que a lo largo de los siglos se habían ido acumulando en la ciudad.

Por lo tanto, no tuvo inconveniente en dejar de lado Constantinopla, especialmente después de haber sido recompensado con creces por ello, porque sabía que encontraría muchas más riquezas en Roma. Así que Alarico y sus hombres atravesaron los Balcanes y penetraron en Italia, camino a Roma.

En aquella época el Imperio Romano se había vuelto a dividir en dos emperadores. La parte oriental estaba regida por el emperador de Constantinopla que había sobornado a Alarico. El Imperio Occidental estaba gobernado por **Honorio*** en Roma.

*El general vándalo Estilicón lo hizo casar con el emperador del oeste incluso era más débil e irreflexivo que el otro: su único interés consistía en criar hermosos gallos mientras que la verdadera tarea de gobernar se la dejaba al general **Estilicón***.*

Pero el general no era romano, procedía de una tribu germánica —era de origen vándalo y de “religión arriana”—.

A los romanos no les gustaba ser gobernados por un bárbaro, por inteligente y valiente que fuera, y justo en el momento en que Alarico y sus godos se desparramaban por Italia, Estilicón fue asesinado, el único hombre que podía haber salvado Roma.

Los godos atravesaron entonces Italia sin que se les opusiera resistencia y llegaron a Roma. El emperador, ese joven débil e irreflexivo, simplemente abandonó Roma cuando se aproximaban los godos, guiados por Alarico.

Marchó a la ciudad de Rávena donde tenía una hermosa villa. Allí se puso a jugar con su posesión más preciada, un gallo tan hermoso y fuerte que le habían puesto el nombre de Roma. Este gallo llamado Roma era más importante para el emperador que la Roma real.

La verdadera Roma, la ciudad de Julio César Augusto se hallaba ahora rodeada por los salvajes godos.

**Flavio Arcadio Augusto (ca. 377/378-408): Emperador del Imperio Romano de Oriente (395-408). Hermano de Honorio, que sería emperador de Occidente. [n. del pr.]*

**Alarico I [‘rey de todos’] (370-410): Rey de los visigodos (395-410). En 396 condujo las hordas visigodas a través de Macedonia, Tracia, Fócida y Beocia, atacando y arrasando*

las ciudades griegas de Corinto, Esparta, Argos y Megara, amenazando al gobierno de Constantinopla, pero, atacado por Estilicón, se vio forzado a replegarse. [n. del pr.]

**Honorio (384-423): Emperador del Imperio Romano de Occidente (395-423). Hermano de Arcadio, el emperador de Oriente. Fue nombrado emperador de Occidente a la edad de 10 años. El general vándalo Estilicón lo hizo casar con su hija María Su reinado se caracterizó por la desmembración del Imperio romano de Occidente, fue uno de los más desastrosos en los anales romanos. [n. del pr.]*

**Flavio Estilicón (359-408): General romano de origen vándalo. Activo durante el gobierno de Honorio. [n. del pr.]*

A los romanos todavía les quedaba su orgullo: estaban dispuestos a luchar por su ciudad, pero pensaron que podían intentar salvar sus vidas y sus posesiones hablando con Alarico, el rey de los godos.

Y de ese modo le fueron enviados dos senadores romanos.

Era una imagen extraña: los dos senadores, que todavía llevaban la toga de tiempos antiguos, suplicando a un rey bárbaro; Roma que antaño había gobernado el mundo le estaba pidiendo misericordia a un bárbaro.

Pero, siendo romanos, todavía eran orgullosos y le dijeron a Alarico:

—*“Si intentas tomar Roma por la fuerza, no habrá ningún hombre en Roma que no vaya a luchar contra ti desde los muros y en las calles”.*

Alarico soltó una carcajada y dijo:

—*“Como bien sabéis cuanto más espesa sea la hierba más fácil será cortarla”.*

Entonces los senadores le dijeron:

—*“¿Cuáles habrían de ser las condiciones para que no saquees la ciudad?”*

Alarico contestó:

—*“Tenéis que entregar todo el oro, plata y joyas que haya en Roma, tanto si pertenecen al Estado como a los particulares”.*

Los senadores reclamaron:

—*“¿Y entonces qué nos dejas?”* Con sonrisa burlona, Alarico respondió:

—*“Pues la vida, ¿qué más queréis?”*

Cuando los senadores regresaron con esa triste noticia a la ciudad, los romanos, desesperados, decidieron luchar por Roma y no rendirse. Pero entre los esclavos había muchos que procedían de tribus germánicas, que habían sido hechos prisioneros en la inacabable lucha en las fronteras. Y esos esclavos sabían que allí donde fuera Alarico, liberaba a los esclavos germanos, por lo que esperaban deseosos la llegada de los godos.

Durante la noche, esos esclavos germanos treparon por los muros, mataron a los guardias y abrieron las puertas.

Los godos se precipitaron al interior de la ciudad. Y de ese modo Roma cayó bajo los godos en el año 410. La poderosa Roma, la ciudad que antaño había regido sobre el más vasto imperio que haya conocido el mundo, fue tomada por los godos.

Ni Aníbal, ni los primeros invasores germanos y teutones habían sido capaces de tomar Roma, pero ahora la ciudad caía en manos de los godos sin apenas ofrecer resistencia.

Hay que decir que Alarico cumplió su palabra: hubo muy pocos muertos, sólo algunos esclavos se vengaron de sus crueles dueños y los asesinaron.

Los godos mismos estaban satisfechos con el saqueo, con llevarse todo el oro, plata y joyas de todas y cada una de las casas y templos. Todo el tesoro que Roma había acumulado durante siglos le acabó siendo arrebatado.

La única persona que no estaba preocupada por la suerte de Roma era el emperador en su villa de Rávena.

Cuando un esclavo llegó corriendo para decirle:

—*“¡Roma se ha perdido!”* -el emperador se limitó a decir:

—¡Pero si lo vi ayer, y tenía muy buen aspecto”!

Su único pensamiento era para el gallo llamado Roma. Y cuando se le dijo que se estaba hablando de la ciudad de Roma, suspiró aliviado al saber que su gallo estaba bien.

Después de tomar los tesoros de Roma, Alarico no deseaba quedarse. Quería conducir a sus godos a España y de allí a África.

Los godos dejaron la ciudad y se trasladaron al sur. Pero todavía estaban en Italia cuando Alarico enfermó y murió al cabo de unos días allí, cerca se hallaba el río Busento.

Los godos empezaron por construir un canal para desviar las aguas del río. Y en el lecho seco de río enterraron a Alarico y con él la mayor parte del tesoro de Roma. Luego hicieron que las aguas volvieran a su cauce original y taparon la tumba de Alarico.

Todos los esclavos que habían hecho el trabajo fueron asesinados para que no pudieran revelar el secreto del lugar donde estaba oculto el tesoro de Alarico. Y es posible que siga estando allí hoy en día, bajo las aguas del río Busento en Italia.

Menos de cincuenta años después, otra tribu germánica tomó la ciudad de Roma.

Eran los vándalos, que eran más feroces y terribles que los godos. Saquearon, quemaron y mataron sin misericordia. Luego cargaron su botín en barcos y navegaron hasta África.

Hasta el día de hoy, a la gente que destruye cosas sin razón alguna se les llama “vándalos”, como recuerdo de esa tribu bárbara que saqueó Roma.

Tras la invasión de los godos y de los vándalos, Roma dejó de ser una gran ciudad. Aún existía el Imperio Romano de occidente, pero sus emperadores solían habitar la ciudad de Rávena como capital. La Roma de los Césares había desaparecido, pero otra estaba creciendo lentamente.

Esa nueva Roma era la sede de los Papas, el centro de la Iglesia Católica, aunque en esa época, tras la invasión de los bárbaros, la ciudad era una sombra de lo que había sido y la mayoría de sus orgullosos edificios estaban en ruinas.

El fin del imperio

El Imperio Romano estaba desmoronándose: los hunos lo habían arrasado, los godos habían despojado Roma, los vándalos la habían saqueado e incluso los mismos soldados que todavía luchaban por Roma a menudo eran guerreros germanos que, por dinero, aventura y deseo de luchar, defendían el imperio tambaleante y resquebrajado.

Tanto el Imperio Oriental como el Occidental dependían totalmente de los mercenarios que luchaban por ellos.

La mayoría de la gente en el Imperio Romano eran cristianos, y algunos de los soldados mercenarios también se habían convertido al cristianismo, pero la mayoría de las tribus germánicas que atacaban, oleada tras oleada, desde los bosques de Europa Central, eran todavía paganos. Había ciertas personas que se impusieron la tarea de llevar el mensaje de Cristo a esas tribus germanas: los monjes.

El Imperio Romano podía estar tambaleándose y declinando, pero esos misioneros sentían que el reino de Cristo tenía que crecer. Hacía falta un corazón firme y mucho coraje

para internarse entre esas tribus salvajes —que veneraban a Odín y a Thor—, para vivir entre ellos e intentar persuadir a esa gente —amante de la guerra— que creyeran en el Dios del amor y en Cristo.

Sólo un monje —una persona sin lazos familiares ni posesiones de las que preocuparse, una persona dispuesta a dar su vida por la fe— podía vivir entre esos feroces guerreros y predicarles la religión de la misericordia y la compasión. Esos monjes sabían muy bien que incluso si tenían éxito, y los guerreros se convertían en cristianos, no cambiarían inmediatamente su modo de vida.

Pasarían muchas generaciones antes de que esa gente belicosa fuera cristiana no sólo de nombre, sino también de obras. Pero se habría dado el primer paso. Uno de esos monjes fue **Severino***.

Había escogido vivir entre las tribus a lo largo del río Danubio. Severino vivía en una cabaña, allí donde hoy se encuentra la ciudad de Viena. En una pequeña franja de terreno cultivaba con esfuerzo el alimento que necesitaba. De vez en cuando un guerrero o un noble podía acercarse a su cabaña y hacerle preguntas sobre su Dios.

Tal vez viniera una segunda y una tercera vez, y escuchara las historias de Severino sobre Jesucristo y, un día, el guerrero o el noble, decía:

—“*Quiero hacerme cristiano*”. Y cuando eso sucedía, Severino se sentía como un general después de una gran victoria; y le daba gracias a Dios por la gran alegría que le había dado.

Un día llegó a Severino un nuevo visitante, un hombre del norte. Era un guerrero tan alto que tenía que permanecer inclinado dentro de la cabaña; estaba vestido pobremente, pero tenía una enorme fuerza corporal. El guerrero germano saludó a Severino y le dijo:

—“*Mi nombre es Odoacro*—en germánico “Audawarks”—. He dejado mi tribu que vive en el Mar del Norte y estoy en camino a Roma para convertirme en un soldado en sus legiones. Soy pobre, como puedes ver por mis vestiduras, pero soy fuerte y mi fuerza tal vez me ayude a encontrar buena fortuna como soldado. He oído hablar de ti como de un hombre sabio y bueno; tal vez puedas decirme si mis esperanzas son razonables o no*”.

Severino sonrió al hombre alto y le dijo:

—“*Amigo mío, veo un tiempo en el futuro en que vestirás las vestiduras más delicadas que puedan encontrarse. Pero, las buenas vestiduras no son lo único que importa.*

Y empezó a hablarle de Jesucristo. Odoacro se quedó tan cautivado por lo que le contaba Severino, que permaneció un tiempo con él.

Cuando más tarde marchó para buscar su fortuna en Italia se había convertido al cristianismo. Al ser alto y fuerte, fue fácilmente aceptado en las legiones. Mostró gran coraje en muchas batallas y se convirtió en un oficial, alcanzado rangos cada vez más altos. Hasta que un día, se convirtió en comandante en jefe, el oficial supremo de las legiones.

***Severino** (¿?-640): Papa número 71 de la Iglesia Católica brevemente en 640. Su consagración se retrasó debido a que el emperador bizantino Heraclio se negó a la confirmación del nuevo papa hasta firmara la “Ecthesis”, un edicto en el que se realizaba una profesión de fe monoteísta. [n. del pr.]

***Odoacro o Odovacar** [‘que busca la riqueza’] (ca. 433-493): jefe de la tribu germánica de los hérulos. Destituyó al último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo (476), convirtiéndose en rey de Italia. [n. del pr.]

Sólo un hombre estaba por encima suyo, el mismísimo emperador occidental. Pero en esa época el emperador era un niño, llamado Rómulo Augústulo —Rómulo para evocar al primer rey y Augústulo (pequeño Augusto) para evocar a Julio César Augusto—.

A pesar de esos nombres tan altisonantes el emperador no era más que un niño de diez años y era incapaz de gobernar.

Era Odoacro quien realmente gobernaba para él el Imperio Romano de Occidente y cuando Odoacro empezó a preguntarse por qué él, el bárbaro, debía inclinarse ante un niño romano, mientras sus legiones, que eran casi todos germanos como él, debían ser siervos de los romanos que ya eran incapaces de luchar por sí mismos.

¿Qué era todo ese parloteo sobre el Imperio Romano?

Los soldados, los oficiales, los generales, e incluso Odoacro eran todos germanos. Ya iba siendo hora de acabar con esa simulación de que todavía existía un imperio “romano” en occidente. En el este, en Constantinopla, aún había algo que se parecía a un imperio romano.

Odoacro se presentó ante Rómulo Augústulo y le dijo:

—“No tiene sentido pretender que tú eres mi amo, o que tú, un niño, seas el emperador, el gobernante del Imperio de Occidente. Quiero que declares que abandonas el poder y que ya no existe ningún emperador de Roma. Y o soy cristiano y no te haré daño como podría hacerte si quisiera. Se te dará una espléndida villa y sirvientes que cuidarán de ti fielmente, pero como ciudadano privado”.

El niño no tuvo más remedio que obedecer. Abdicó del título de “emperador” y se fue a vivir a la villa que Odoacro le ofreció. Y de ese modo, el Imperio Romano, el imperio de Augusto, de Nerón y de Adriano, acabó sus días en el año 476.

La historia romana había comenzado en el 754 a. de C. y concluía 1230 años después, en el **476***.

Odoacro podría haberse proclamado él mismo emperador, pero no deseaba tener un título romano que ya no era más que una palabra vacía. Tenía el poder, sus legiones germánicas le obedecían, y eso era lo que le importaba.

Fue Odoacro que puso fin al Imperio Romano de Occidente, aunque había sido una mera caricatura de su grandeza desde hacía mucho tiempo.

Más tarde, en el 493, hubo otra invasión de tribus germánicas, y Odoacro fue asesinado por **Teodorico***, el rey de los ostrogodos que, por un tiempo, se convirtieron en dueños de Italia.

Toda Europa se hallaba entonces en manos de las tribus germánicas que luchaban entre sí. Y algunos de esos reinos aparecían y desaparecían en muy poco tiempo.

En el año 476 el Imperio Romano había dejado de existir, pero había dejado un gran legado: el **cristianismo. De esta forma, el Imperio Romano ocupa los primeros 4/7 de la edad Alma Racional. [n. del pr.]*

****Teodorico I o Teodoredo** (?-451): Rey de los visigodos. Completó el asentamiento de los visigodos en Aquitania y expandió sus dominios a Hispania. [n. del pr.]*

Anglos y sajones

Los hunos, dirigidos por Atila, y los godos bajo el mando de Alarico, habían hecho temblar el Imperio Romano como un terremoto, y del mismo modo como un edificio se desmorona en un terremoto, toda la estructura del Imperio Romano se vino abajo.

Odoacro le dio el golpe final. Sólo en oriente, en Constantinopla, permaneció al menos una parte del imperio.

En el oeste, las tribus germánicas lo habían invadido todo.

En Britania, los celtas se habían romanizado, habían adoptado costumbres romanas, usaban el latín y con el tiempo se habían convertido en cristianos. Sólo en el norte del **Muro de Adriano***, los pictos y los escoceses no habían sido nunca conquistados por los romanos, mientras que al sur del muro la gente se había romanizado y cristianizado.

Cuando Alarico y sus godos invadieron Italia en torno al 395, Roma decidió que las legiones en la lejana Britania se necesitaban con más urgencia en Italia; Roma no podía malgastar sus soldados para defender Britania, los necesitaba para defenderse a sí misma.

Y de ese modo una legión tras otra fue abandonando Britania, y finalmente ésta tuvo que defenderse a sí misma.

Trescientos años antes, en los tiempos de Caractacus y Boadicea, los britanos habían sido gente belicosa y bravos guerreros, pero ahora, después de haber vivido la confortable vida de los romanos, y de que de las refriegas se encargaban los mercenarios —que lo hacían por dinero o por un trozo de tierra—, los britanos ya no estaban acostumbrados a luchar por sí mismos, y cuando el último de los legionarios había abandonado Britania ya no había ningún ejército para defenderla.

Una vez marchados los legionarios, los pictos y los escoceses atravesaron el Muro de Adriano e invadieron la Britania romana, la saqueando a su placer, y conquistaron las ciudades del norte, una tras otra.

Después de que marcharan los romanos, Inglaterra volvió a ser una tierra con muchos reinos. Uno de esos reyes, **Vortigern de Kent***, ideó una manera de proteger su tierra contra los salvajes pictos y escoceses. *¿Acaso los romanos no habían usado tribus germánicas para proteger sus fronteras?*

Los britanos podían hacer lo mismo que habían hecho los romanos.

Así que el rey Vortigern envió mensajeros a dos tribus germánicas, los anglos y los sajones, que en aquella época vivían en la costa norte de Alemania. Se les prometió recompensas y tierra en Britania si acudían allí y expulsaban a los pictos y a los escoceses empujándolos de regreso a los bosques del norte.

**Muro de Adriano: Antigua construcción defensiva de la isla de Britania, levantada entre los años 122-132, para defender el territorio britano sometido, al sur de la muralla, de las belicosas tribus de los pictos que se extendían más al norte del muro (actual Escocia). [n. del pr.]*

**Vortigern: Caudillo del siglo V en la Britania posromana, un gobernante entre los britanos. Se dice que invitó a los anglosajones a instalarse en Gran Bretaña como mercenarios, solo para verlos sublevarse y establecer sus propios reinos. Es recordado como uno de los peores reyes de los britanos. [n. del pr.]*

Ahora bien, entre anglos y sajones había muchos caudillos y reyes, y cada uno de ellos dirigía a unos miles de hombres.

Como todas las tribus germánicas, la mayoría de estos reyes querían trasladarse al sur, y finalmente lo hicieron; existe aún hoy en día una región de Alemania llamada Sajonia.

Dos reyes aceptaron la invitación de trasladarse a Britania. El nombre de esos reyes puede sonar extraño, pero entre las tribus germánicas el caballo era considerado el animal de Odín, el más sabio de los dioses; el caballo era para ellos el animal de la sabiduría, de la inteligencia, y cuando a uno lo llamaban “caballo” era un gran honor.

Uno de esos dos reyes era llamado **Hengist***; es decir, “semental”, y el otro era llamado **Horsa***, “caballo”. Ambos reyes, Hengist y Horsa, se pusieron en marcha hacia Britania. Cruzaron el Mar del Norte en sus largos barcos y llegaron a Kent, donde los blancos acantilados de yeso son golpeados por las olas del Canal.

Los britanos saltaron de alegría al ver a esos fornidos guerreros, pensando que sus problemas se habían acabado. Se decían:

—“Es cierto, estos anglos y sajones son paganos, adoran a Odín y a Thor, pero incluso los paganos pueden ser útiles”.

Y fueron realmente útiles, pues los anglos y los sajones cumplieron su parte del compromiso y lucharon contra los pictos y los escoceses haciéndolos retroceder hacia el norte desde donde habían venido.

Una vez lo consiguieron, Hengist y Horsa se acercaron a Vortigem, el rey de Kent, a pedirle su recompensa.

El rey britano dijo:

—“Les he prometido tierras y yo siempre cumplo las promesas. Decidme ¿cuánta tierra queréis?” Hengist respondió:

—“No queremos mucha, digamos, toda la que quepa dentro de la piel de una vaca”.

El rey exclamó el sorprendido:

—“Eso es realmente muy poco, pero si eso es lo que queréis sed bienvenidos a ella”.

No era por casualidad que Hengist y Horsa fueran llamados siguiendo el nombre de los animales de la sabiduría. Tomaron la piel de una vaca y la cortaron en una tira muy delgada, y cuando se extendió esa tira de piel haciendo con ella un círculo envolvía mucha más tierra de la que el rey Vortigern hubiera pensado jamás que iba a darles.

No se quedó muy contento con la astuta artimaña de los anglos y sajones, pero no podía volverse atrás: había dado su palabra. Y ese tan sólo era el principio.

Los anglos y los sajones comprobaron que los britanos no eran guerreros. Y no pasó mucho tiempo antes de que los anglos y los sajones atacaran a los britanos que comprendieron demasiado tarde que los “ayudantes” que habían invitado eran mucho peores que los pictos y los escoceses.

***Hengest o Hengist** (¿?-488?): Guerrero vikingo de Dinamarca en la Era de Vendel (siglo V). lugarteniente del rey danés Hnæf. Su figura protohistórica aparece en el poema épico Beowulf y el fragmento de Finnsburg. [n. del pr.]

***Horsa**: Guerrero vikingo de Dinamarca en la Era de Vendel (siglo V), que con su hermano Hengest protagonizaron la primera colonización germánica en la isla de Gran Bretaña. [n. del pr.]

Los anglos y los sajones no sólo derrotaron a los britanos en la batalla, sino que asaltaron las ciudades y pueblos, incendiándolos y destruyéndolos.

A los anglos y sajones no les gustaban las ciudades ni la vida en la ciudad, preferían la vida en el campo.

Destruyeron las iglesias y mataron a los sacerdotes, porque anglos y sajones eran paganos y no hacían uso de las iglesias.

Una tras otra, las ciudades romano-británicas fueron destruidas, los britanos asesinados o vendidos como esclavos, y toda la civilización romana en Britania, con sus villas y templos, teatros y baños, llegó a su fin.

Con la destrucción de las iglesias, la religión cristiana en Britania también acabó extinguiéndose. Britania volvió a convertirse en un territorio pagano.

En el sur, los anglos y los sajones eran los amos, en el norte, los pictos y los escoceses gobernaban desde los bosques y montañas. Sólo en las montañas de Gales había una pequeña parte de Britania donde sobrevivía la fe cristiana.

Los anglos y los sajones no podían conquistar Gales y un reducido grupo de britanos huyeron hacia Gales, y, aunque no construyeron allí más ciudades romanas, mantuvieron viva la fe cristiana.

En Irlanda, la fe cristiana también siguió viva, pero, aparte de Irlanda y una parte de Gales, Britania volvía a estar en las manos de los bárbaros.

El sur de Britania llegó a ser conocido como Anglesland —tierra de los anglos—, Inglaterra.

Hay todavía una parte de Inglaterra que se llama East Anglia —Anglia del Este—, que era un reino separado de los anglos.

Otros reinos fueron llamados East Sax —Sajonia del Este—, West Sax —Sajonia del Oeste—, South Sax —Sajonia del Sur—, que acabaron convirtiéndose con el tiempo en Essex, Wessex y Sussex.

En contraste con su faceta destructora, los anglos y los sajones eran excelentes granjeros y agricultores. Destruían ciudades que ellos no veían útiles, pero trabajaban la tierra mejor que los britanos, pues empezaron a recortar los densos bosques de Britania para abrir la tierra para la agricultura. Con el tiempo, la desaparición de los bosques cambió completamente el paisaje y la vida de Britania.

El obispo de Roma

Toda Europa había cambiado con la migración de los pueblos, por esas tribus germánicas que destruyeron el Imperio Romano.

De las ruinas del Imperio Romano emergieron poco a poco las naciones y los países tales como los conocemos hoy. Por ejemplo, la Galia, la tierra que Julio César había conquistado para Roma, fue invadida por una tribu germánica, los francos, que se establecieron allí.

La tierra de los francos acabaría convirtiéndose en Francia.

Los anglos y los sajones al principio quemaron ciudades y mataron a los britanos, pero luego se establecieron y se convirtieron en granjeros que se ocupaban de sus tierras.

Pero había otras tribus germánicas todavía recorriendo tierras y mares, y algunas tribus errantes podían aparecer de repente en la costa de Inglaterra, asaltar pueblos, saquear lo que podían, matar a los ancianos y llevarse a los más jóvenes para venderlos como esclavos.

Los anglos y los sajones ya no seguían trasladándose de un lado a otro, y querían vivir en paz como granjeros y agricultores. Si embargo, otras tribus germánicas asaltaban sus pueblos.

A menudo, los piratas se llevaban a los niños y los vendían a tratantes de esclavos. En aquellos días, hace mil quinientos años, los tratantes de esclavos compraban prisioneros — hombres, mujeres y niños- de esos asaltantes y piratas, y luego los vendían en los mercados de diversas ciudades.

Un día, en un mercado de Roma, algunos niños ingleses de la tribu de los anglos fueron ofrecidos a la venta.

Con los ojos azules y el pelo rubio, eran muy distintos de los demás esclavos que se vendían. Un sacerdote cristiano llamado **Gregorio*** pasaba por allí y al ver a aquel grupo de niños pensó:

—“Qué hermosos son estos pequeños; es una lástima que yo sea un pobre sacerdote y no pueda comprar su libertad, pero he de averiguar de dónde vienen.”

Se dirigió al vendedor de esclavos y le dijo:

—“Estos niños son muy hermosos. ¿Qué país es capaz de generar niños y niñas tan bellos?” El tratante le contestó:

—“Son anglos”. Gregorio pensó un momento:

—“¿Anglos? No, no tendrían que ser llamados anglos, sino ángeles.

El vendedor se rio:

—“Los de la tribu de la que proceden estos niños están muy lejos de ser ángeles, son paganos en la isla de Britania”. Gregorio respondió:

—“Entonces tendrían que recibir la luz de Cristo, y voto para que un día la reciban.”

No pudo hacer nada por esos niños, pero Gregorio nunca los olvidó, pensando a menudo en esas tribus de Britania que todavía seguían la religión pagana de Odín y Thor, los dioses del Valhalla.

Grandes oportunidades se le presentaron a la vida de Gregorio.

No sólo fue un buen sacerdote, sino que también era un hombre inteligente. La gente de Roma y sus colegas sacerdotes le tenían gran respeto y con el tiempo se convirtió en Obispo de Roma.

Cuando Gregorio se convirtió en obispo Roma estaba pasando un mal período: tres cuartas partes de la ciudad estaba en ruinas; y entre la gente que todavía vivía en la ciudad cundía la enfermedad y el hambre.

**Gregorio Magno o San Gregorio (ca. 540-604): Papa número 64 de la Iglesia católica. Uno de los cuatro Padres de la Iglesia latina junto con Jerónimo de Estridón, Agustín de Hipona y Ambrosio de Milán. [n. del pr.]*

En Italia, en general, las cosas no eran mucho mejores: en el norte, habían aparecido los Lombardos —“*largas barbas*”—, otra tribu germánica, y se habían adueñado de la zona.

En el sur, algunas tribus germánicas se habían establecido y luchaban entre sí. En esta difícil situación Gregorio decidió que no podía simplemente permanecer como obispo, un sacerdote preocupado solamente con mantener los servicios de la Iglesia. Tomó el gobierno de Roma, se preocupó de que el campo alimentara a la ciudad y de que se construyeran casas nuevas y mejores.

Y así, lentamente, empezó a crecer una nueva Roma, una ciudad de Roma gobernada por un obispo. Con el tiempo, Gregorio despertó tanto respeto entre la gente que los obispos de otras ciudades, de Rávena y Nápoles, lo aceptaron como cabeza, o Papa —que quiere decir padre— de toda la Iglesia.

Desde ese momento en adelante el obispo de Roma fue también el gobernador de Roma, el cabeza de todos los obispos, sacerdotes y monjes; era el año 590.

Roma, que había sido la ciudad de los Julio Césares, empezó una nueva vida como ciudad del Papa, y el centro de todos los servidores de la Iglesia.

Monjes, abades, obispos de todo el Imperio Romano de Occidente obedecían al Papa de Roma. Pero no el Imperio de Oriente, de Constantinopla.

La Iglesia Oriental no aceptaba el liderazgo del Papa en Roma.

Cuando Gregorio el Magno —como llegó a llamársele— se estableció a sí mismo como Papa, como cabeza de todos los sacerdotes y monjes, se acordó de aquellos niños rubios de los anglos que él había llamado ángeles y envió monjes a Britania para convertir a los anglos y a los sajones a la religión cristiana. El guía de estos monjes se llamaba **Agustín***.

Él y sus compañeros monjes no estaban demasiado contentos de ser enviados a ese país salvaje en el norte: habían oído historias de que los anglos y los sajones se comían el corazón de sus enemigos, y que no había ningún humano capaz de aprender su horrible lenguaje, el inglés. De modo que Agustín y sus cuarenta monjes partieron para Britania simplemente como acto de obediencia a Gregorio Magno. Pero el hecho es que las cosas les fueron mucho mejor de lo esperaban.

El encuentro con el rey de los anglos, **Adalberto***, fue realmente un acontecimiento magnífico. Sentado bajo un árbol, rodeado de guerreros, el rey observó a los monjes romanos que se le acercaban, llevando una gran cruz de plata y cantando un himno.

Se levantó y recibió a los extranjeros con palabras amistosas. Les dio permiso para predicar su religión, y un año más tarde, en el año 597, Adalberto fue bautizado y un gran número de sus guerreros con él. Pronto siguieron el ejemplo otras tribus, y el cristianismo volvió a Britania. La primera iglesia cristiana se construyó en Canterbury.

**Agustín de Canterbury OSB (ca. 534-ca. 604): Monje benedictino y primer arzobispo de Canterbury. Considerado el apóstol de Inglaterra. Es venerado como santo por las Iglesias romana, anglicana y ortodoxa. Fue enviado junto con cuarenta monjes por el papa Gregorio I el año 597 para evangelizar Inglaterra. [n. del pr.]*

**Adalberto o Ethelberto o Eitelberto, conocido como el Santo (ca. 560-616): Rey de Kent (580-616). Fue el primer rey inglés en convertirse al cristianismo. [n. del pr.]*

Los pictos y los escoceses también se convirtieron al cristianismo, sin embargo, no los convirtieron los misioneros enviados de Roma, sino **Columbano***, que llegó desde Irlanda donde la fe cristiana había crecido con independencia de Roma.

Agustín convirtió a los anglos y sajones en el sur, mientras Columbano y sus discípulos convirtieron a los pictos y los escoceses en el norte.

Winifredo

Cuando había estado en la cúspide de su poder, el Imperio Romano había unido a grandes partes de Europa, Italia, Grecia, Hispania, la Galia, Britania, bajo una sola ley, la ley romana. Mientras las legiones romanas luchaban en las fronteras del imperio, dentro de él existía la paz de Roma, mantenida por la ley romana, era la pax-romana.

Había un lenguaje común, el latín, que se hablaba desde Britania hasta Egipto; se construían ciudades siguiendo un patrón común, el patrón de Roma, y el modo de vida era el mismo en la Galia que en Palestina: el modo de vida romana.

La pax-romana era algo muy importante para muchísima gente bajo la cual se podía vivir juntos y en paz.

Cuando el Imperio Romano cayó bajo la invasión de las tribus germánicas se fragmentó en muchos reinos, y no había mucha paz entre los diversos reinos vecinos.

La gran pax romana había desaparecido, Europa estaba fragmentada en nuevas naciones, nuevos países, y las tribus germánicas que los habitaban luchaban entre sí.

Ya no había una ley común, o cualquier otra cosa que mantuviera unidas a esos pueblos belicosos. Pero si esos pueblos germánicos se volvían cristianos la fe sería una especie de vínculo entre ellos y, poco a poco, las cosas irían mejorando.

Los reyes podían luchar entre sí, pero si los contendientes de ambos bandos eran cristianos y respetaban la cabeza de la Iglesia Católica, el Papa de Roma, tal vez escucharan su consejo y resolvieran en paz sus disputas. Por eso, la expansión de la religión cristiana era la única esperanza de que las cosas fueran mejorando.

La antigua unidad del Imperio Romano, la pax romana, había desaparecido para siempre, pero tal vez podía emerger un nuevo vínculo, con la Iglesia y su centro en Roma.

De modo que cuando los monjes partieron para predicar la fe cristiana a las tribus paganas, no era sólo una cuestión de religión, sino algo que debiera contribuir a crear un mejor futuro para los pueblos de Europa.

Los anglosajones, que al principio habían destruido el cristianismo, más tarde, gracias a Agustín y sus monjes, se convirtieron al cristianismo, y al poco tiempo, algunos anglosajones también se convirtieron en monjes y sacerdotes.

Entre los monjes anglosajones, hubo quienes asumieron ellos mismos la tarea de llevar el evangelio de Cristo a las tribus paganas en el corazón de Europa.

**San Columbano (540-615): Misionero irlandés destacado por su actividad misionera y evangelizadora durante la Alta Edad Media. Fundó numerosos monasterios en Europa, entre otros, los de Luxeuil (Francia) y Bobbio (Italia), aproximadamente en el año 590. [n. del pr.]*

Solos o en pequeños grupos, sin armas, esos hombres valientes viajaban cientos de kilómetros hasta los bosques de Alemania, Suiza y Austria.

El más grande de esos monjes anglosajones fue el monje benedictino **Winifredo***, o *Wynfrith* (680-754), o su nombre latino, Bonifacio.

Mas, como era anglosajón y no era romano, lo llamaremos por el nombre que tenía entre su propia gente.

Cuando Winifredo partió, algunos misioneros que habían ido antes habían sido asesinados cruelmente por las tribus paganas. Pero esa noticia no podía atemorizar a Winifredo. Sólo y desarmado, dejó Inglaterra y se abrió su camino por los bosques de Alemania.

Había un lugar que muchas tribus germánicas consideraban santo, un lugar sagrado. Era una colina que había sido despojada de árboles excepto uno que había en el centro, un enorme y antiguo roble.

Ese roble era sagrado para Thor, el dios del trueno y el rayo. Nadie se habría atrevido a tocar ese árbol, pues se decía que cualquiera que lo tocara perecería inmediatamente por un rayo.

En algunas épocas las tribus germánicas se congregaban sobre aquella colina, veneraban a Thor y le hacían sacrificios.

Winifredo esperó a una de esas ocasiones. Y cuando cientos de guerreros se habían reunido sobre la colina y estaban de pie rodeando el gran roble, Winifredo se adelantó llevando una enorme hacha.

Mientras todos los hombres lo contemplaban con sorpresa, Winifredo se acercó al árbol, levantó el hacha y la clavó profundamente en él.

Los guerreros se quedaron aterrados: esperaban que un poderoso rayo golpeará a Winifredo, pero no pasó nada. Él siguió golpeando con su hacha, cortando cada vez más profundo.

Los guerreros de las tribus empezaron a alarmarse, y se miraban unos a otros para ver si alguien se atrevía a detener a ese hombre, pero antes de que pudieran entrar en acción, el poderoso árbol se inclinó y cayó estrepitosamente.

Mientras los guerreros miraban atónitos y horrorizados al árbol de Thor caído en el suelo, Winifredo gritó:

—“¡Mirad cuán poderosos son vuestros dioses! ¡Convertíos al verdadero Dios!”

Y luego se marchó de allí. Nadie se habría atrevido a levantar su mano contra él. Desde ese día en adelante cada vez más guerreros se fueron acercando para ser instruidos en la religión cristiana y para ser bautizados.

Con la ayuda de estos nuevos cristianos, Winifredo, construyó una iglesia sobre la colina de Thor, hecha con la madera del roble de Thor.

Durante treinta años, Winifredo, o Bonifacio, vivió entre las tribus en Alemania y convirtió a muchas de ellas al cristianismo.

***San Bonifacio**, nacido *Wynfrith*, *Winfrith* o *Winfrid* [‘aquel que hace el bien’] (680-754): Santo y mártir inglés. Conocido como el ‘apóstol de los germanos.’ [n. del pr.]

Cuando ya era muy anciano partió con algunos amigos a convertir a una tribu en el norte de Alemania, los frisios, pero éstos habían oído hablar de Winifredo: no querían que su modo de vida fuera cambiado por esa religión cristiana, y atacaron a Winifredo y sus acompañantes.

Los amigos de Winifredo sacaron sus espadas para defenderlo, pero él les dijo:

—*No. No hemos de derramar sangre para defendemos a nosotros mismos, el propio Cristo no lo hizo*”.

Él y sus compañeros fueron asesinados; murieron por su fe, sin embargo, gracias a su trabajo y la de otros como él, las tribus germánicas, con el tiempo, acabaron convirtiéndose al cristianismo.

De modo que, al principio, los anglos y los sajones empezaron destruyendo el cristianismo en Britania, pero los niños rubios vendidos en el mercado de esclavos hicieron que Gregorio decidiera emprender la tarea de volver a llevar la fe cristiana a Britania.

Con el tiempo, los anglosajones produjeron héroes como Winifredo —o Bonifacio— que llevaron el mensaje de Cristo a los bosques de Alemania.

FIN

Aportación de Hermelinda Delgado